

Cavalry

Cavalry

**Ernesto
Rodríguez**

Primera edición, 2016

© Ernesto Rodríguez, 2016

© Triskel Ediciones, 2016

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-945341-9-5



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

PRIMERA PARTE

REBECA

Albedrío: voluntad no gobernada por la razón, sino por el apetito, antojo o capricho. Palabra de alto grado de abstracción. Nivel de vibración 8.

Rebeca Aday había pasado por todo tipo de consultas.

Durante casi medio año de su vida acudió al despacho del autoproclamado Eminentísimo Doctor en Lógica Espacial Señor Dimas Gutiérrez. Su trabajo de Lógica Espacial consistía en sentar al paciente en una silla en una sala repleta de sillas, a las cuales debía asignar un rol y un lugar acorde a ese rol. Una silla simbolizaba los hombres; otra los estudios; otra su carrera profesional; otra silla, por ejemplo, su miedo a volar. ¿Dónde colocaba la silla de los hombres? No era lo mismo ponerla en una esquina de la sala, cara a la pared y lejos de su perspectiva, que colocarla frente a ella y apoyar los pies encima. Dónde ponía cada silla con respecto a ella y con respecto a las otras sillas decía cuánto le preocupaba o no cada asunto y, si le preocupaba, cuánto estaba haciendo por afrontarlo o no.

Con el transcurrir de las sesiones, Rebeca se fue dando cuenta de que continuaba distribuyendo las sillas de la misma manera en que las había colocado en la primera cita con el Eminentísimo Doctor Señor Dimas Gutiérrez, de manera que no parecía estar haciendo avance alguno. La relación con sus padres seguía siendo una silla que colocaba detrás de ella dándole la espalda; no existía una silla para las amistades y, en cambio, las sillas que tenía más cerca seguían siendo las mismas: Rebeca se sentó siempre, desde la

primera hasta la última sesión con el Eminentísimo Doctor Señor Dimas Gutiérrez, en la silla que simbolizaba el miedo a que le abrazaran. A su derecha, pegada a esta silla, estaba otra a la que le había conferido el rol del recuerdo del primer novio que había tenido en su vida, hacía ya más tiempo del que quisiera aceptar, y que la abandonó porque, según le dijo, no soportaba la idea de que aquella relación fuera la definitiva¹. Justo frente a ella, el terror a lo imprevisto. A Rebeca, por una retahíla de motivos que sólo ella entendía, le superaba que su destino estuviera dictado, en parte, por la voluntad ajena y su libre albedrío. A su izquierda, también muy próxima a la silla en la que se sentaba, siempre colocaba la silla de su proyecto nunca iniciado de aprender lenguas eslavas. Llevaba años sosteniendo que quería vivir en Rusia y que, para eso, necesitaba aprender ruso. Aquella era su excusa para no tomarse nada demasiado en serio. Qué más daba si tal o cual trabajo no le gustaba, de todas maneras lo dejaría cuando se fuera a Rusia. Qué más daba si con tal o cual chico no

¹ “No es que no esté bien, que lo estoy. Estoy muy bien contigo. Estamos muy bien juntos, pero ¿estoy seguro de que esto sea *estar bien*? Eres la primera chica con la que estoy y no sé si esto es *de verdad* estar bien o simplemente estar, ¿sabes lo que te quiero decir? Se trata de tener la posibilidad de elegir. No digo que no te haya elegido a ti, digo que quiero estar seguro de haber elegido correctamente porque ¿cómo voy a saberlo ahora mismo, si eres la primera? ¿Ves por dónde voy, Rebeca? ¿Entiendes la dimensión exacta de lo que estoy diciéndote? No se trata de dejarlo *para siempre*. Se trata de buscarme a mí mismo y tú, buscarte a ti misma. Piénsalo, ¿estás segura de que yo soy el hombre que quieres al lado para siempre? Porque si una relación no se termina o, bueno, lo que sea que estemos haciendo ahora, dura para siempre y sólo la muerte es el final. Somos demasiado jóvenes como para tener algo claro ya de cara a la muerte, incluso nuestro compañero de vida. ¿No te parece?”

era feliz, de todas maneras lo dejarían cuando ella se fuera a Rusia. Sí, algún día miraría alguna academia y empezaría a estudiar ruso. Mañana mismo, por ejemplo. Sí, claro. Mañana siempre era un buen día.

De manera que dejó la Lógica Espacial y se pasó al consultorio de la Tarotista Chantal Iranzo, que se anunciaba en la revista Pronto y de la que le habían hablado entre bien y muy bien. No duró mucho con ella: por alguna extraña razón, la carta X, la de la Rueda de la Fortuna, siempre acababa metiéndose en medio. En ella hay dos extraños personajes, algo parecido a animales disfrazados de humanos, girando desesperadamente en una rueda gobernada por un aborrecible individuo azulado, medio hombre medio bestia, que sonríe malignamente mientras los otros dos parecen girar sin parar. Cada vez que salía esa carta, y salía siempre, iba a parar a un lugar clave de la lectura de Chantal. En su gramática del Tarot, o al menos en la gramática del Tarot para Rebeca Aday, la Rueda de la Fortuna era un verbo necesario y siempre, siempre, significaba lo mismo: el personaje que sube la rueda se relaciona con Anubis, dios egipcio con cara de perro, y es un factor positivo e integrador, mientras que el animal que baja la rueda se asocia con Tifón, que es el dios de la destrucción y la desintegración. O lo que es lo mismo: como te digo una cosa te digo la otra.

Rebeca pensaba que aquella era una carta tramposa, porque podía valer para cualquier interpretación que la Tarotista le quisiera dar. No le parecía fiable. Ese método, pensó, no la ayudaba a ella tanto como a la propia Chantal. Sobre todo a la cuenta corriente de Chantal.

De manera que dejó de gastarse cantidades abusivas de dinero en el Tarot y empezó a visitar el garaje con suelo de moqueta y paredes de terciopelo rojo carmesí, *puffs* de cuero negro, luces anaranjadas y peste a incienso que regentaba Bubacar Nije

Kambi, también llamado Maestro Bacari, quien fue, a su vez, la mente creativa que a esa puesta en escena la bautizó como Centro de Gravitación Espiritual.

El Centro de Gravitación Espiritual estaba en una calle pequeña y poco transitada en el centro del Raval barcelonés. Rebeca Aday, que en aquella época estaba estudiando tercer año de Psicología por la Universidad a Distancia de Santiago de Chile, supo desde un buen principio que ir allí no era la mejor idea, pero no pudo evitarlo. Había sido el propio Maestro Bacari quien, junto a las escaleras de la boca de metro de Plaza Urquinaona, le había dado el papel con su anuncio:

MAESTRO BACARI
CENTRO DE GRAVITACIÓN
ESPIRITUAL

Problemas matrimoniales –
sentimentales – recuperación de pareja –
atraer persona querida – dejar atrás cargas
– limpiar espíritu – limpieza de miedos –
no más miedo amor – no más miedo
destino.

Maestro Bacari estudia gravitación
espiritual – método nuevo cien por cien
garantizado.

Lo que ocurrió es que a Rebeca le pareció que aquel chico subsahariano que le había dado el papel era guapísimo. Por eso se detuvo a leerlo antes de lanzarlo al suelo, y así fue como leyó lo del miedo al destino. Deshizo unos cuantos pasos, se detuvo frente al chico y le preguntó:

—¿Esto de qué va?

—Es mi consulta. Yo soy Maestro Bacari. ¿Necesitas recuperar amor? ¿Necesitas olvidar amor? Yo puedo ayudar a tú. Cien por cien garantizado.

—¿Tú eres el Maestro Bacari? ¿Y por qué no estás en la consulta?

—Abierto negocio hace poco, aún yo no tengo clientes, ¿sabes? ¿Te interesa Gravitación Espiritual? —El Maestro Bacari sonrió y sus dientes eran grandes, perfectos, blanquísimos.

A Rebeca no le interesaba la Gravitación Espiritual porque no sabía qué era, asumiendo que no fuera un nombre cualquiera que quisiera parecer interesante y sólo ocultara una forma de sacar cuartos. En cambio, el Maestro Bacari sí que le interesaba. Fue por eso que unos días después, tras haberle dado un par de vueltas al asunto, llamó al teléfono que aparecía en el papel, concertó una cita, obtuvo una dirección y fue hasta allí.

Las sesiones con el Maestro Bacari se reducían a una música instrumental de aires africanos mientras él repetía una especie de mantra incomprensible y masajeaba la cara de Rebeca con unos aceites de un olor dulzón que él llamaba Sabia Esencial. Ella se excitaba mucho siempre que iba a verle, y un día le puso una mano en el muslo al Maestro Bacari, y él le dijo:

—Me llamo Bubacar.

—Me da igual cómo te llames. Quiero que me pongas del revés.

Rebeca Aday pudo comprobar cuál era el verdadero Centro de Gravitación del Maestro Bacari y, todo hay que decirlo, ese nuevo enfoque en el estudio del miedo al libre albedrío estaba reportándole una paz de espíritu nueva hasta la fecha. Seguía sin ponerse con el ruso y seguía sin poder ser abrazada. Seguía teniendo a sus padres como extraños y, lamentablemente, seguía acordándose más veces de las que le gustaría de aquel primer novio tan lejano. Seguía entendiendo la amistad como algo

accesorio, prescindible, y también seguía siendo intolerante a lo imprevisto, pero estaba tan bien follada que le daba igual.

El problema vino cuando Rebeca Aday le dijo a Bubacar Nije Kambi que aquello que tenían se parecía mucho a una relación:

—Esto se parece mucho a una relación.

—Sí —dijo él.

Estaban desnudos sobre sendos *puffs* negros del Centro de Gravitación Espiritual. Él se acababa de liar un porro de hachís y fumaba plácidamente. Ella se enderezó y empezó a ponerse las bragas.

—¿No crees que ya no tiene sentido esto de pagar?

—¿Cómo?

—¿Qué estamos haciendo, Bubacar?

—Estamos trabajando con Gravitación Espiritual.

—No, no estamos trabajando de ninguna manera. Estamos follando. Quedamos y follamos y encima te pago.

—No, estamos trabajando con Gravitación Espiritual.

—Claro, como si esto fuera tu trabajo... —dijo ella en un murmullo divertido.

Bubacar no dijo nada, se limitó a darle una calada al porro. Rebeca se empezó a sentir inquieta.

—Porque *esto* no es trabajar con la Gravitación Espiritual, ¿no?

—Estamos trabajando con Gravitación Espiritual —repitió él.

—Bubacar, ¿te follas a más clientes?

—Yo trabajo con Gravitación...

—Me has dicho que lo nuestro se parece a una relación. Lo acabas de decir.

—Esto es relación. Nosotros hablamos, nosotros conectamos. Estamos trabajando. Mí con tú, tú con mí.

—Pero sólo pago yo.

—Es mi Centro, ¿sabes? Estamos trabajando en miedo de tú.

—Estamos follando. Desde la cuarta sesión lo único que hacemos es follar, y déjame que te diga que eso está haciendo que últimamente me pique de una forma rara en dicha sea la parte, que bastante preocupada me tiene. No me estoy quejando, no te creas. Antes lo único que hacías era ponerme aceites en la cara y luego me iba a casa apestando a alguna clase de flor rara con miel, o algo así.

—Sabia Esencial.

—Sí, lo que tú digas. ¿Te follas a más clientes?

—Sabia Esencial no lleva miel.

—¿Te estás tirando a alguien más, Bubacar?

—...

Rebeca supo que no iba a responder porque ambos sabían la respuesta, de manera que salió del garaje de Bubacar para no volver nunca más y decidió centrarse en aquellos estudios que había empezado tarde y mal. Tenía por aquel entonces veintiocho años recién cumplidos y aún arrastraba asignaturas de segundo año en una carrera que no sabía por qué estaba cursando. Cuando más de diez años antes se había visto obligada a decidir qué estudiar, no supo hacerlo, y empezó a trabajar en una tienda de ropa para ganar algo de dinero de cara a ese viaje a Rusia que algún día haría.

Era una chica de aspecto frágil: más bien menuda, tenía el pelo rojizo y ondulado, los ojos verdosos y la voz dulce, aunque un poco más aguda de lo que le gustaría. Siempre había aparentado menos edad de la que tenía, aun cuando su edad no fuera algo que debiera ocultar. Pero se acercaba a los treinta y cada vez se sentía más deudora de su fecha de nacimiento, y más necesitada de explicarse a sí misma y superarse de alguna forma. Estudiar Psicología por la Universidad a Distancia de Santiago de Chile cabía en su forma de vida, en sus pretensiones, en su presupuesto

y en aquella sonrojante nota media que había cosechado unos años atrás.

Después de la Gravitación Espiritual del Maestro Bacari no buscó durante un tiempo nuevas formas de ayudarse ni de entenderse. Estaba cansada de sí misma y de sus fobias, y que llegara a aburrirse así acabó convirtiéndose en una forma eficiente de eludir cierta clase de reflexiones autodestructivas. Regodearse en su lodo ya no la satisfacía de la misma manera.

Una vez se hubo quitado el disfraz de paciente empezó a considerarse a sí misma como una especie de investigadora, y con ese nuevo talante volvió a la búsqueda de un método: pasó por la Escuela del Movimiento de la Profesora Azucena Mestres, quien interpretaba sus reacciones físicas ante estímulos sonoros, cosa que Rebeca nunca acabó de entender. Luego empezó a consumir Ayahuasca en el despacho del gurú Cristóforo Candeira, lo que la llevó a visitar partes profundas de su psique que ni siquiera sabía que existían, que no le gustaron y que la acomplexaron aún más, con lo que a la postre acabó siendo contraproducente. Después estuvo algunas semanas probando con el Procedimiento Lógico de la Desintegración del Ego, que era un enfoque radicalmente nuevo que se había inventado la hija de la peluquera de su madre. Fue un par de veces a lo que se llamaba la Expresión Corporal del Todo. Probó con sesiones de hipnosis, lectura de manos, musicoterapia, clubs de lectura. Nada le convencía porque, entre otras cosas, no sabía exactamente qué estaba buscando.

Finalmente, lo encontró. Era mediados de febrero del año 2010, Rebeca Aday tenía casi 30 años y estaba en su último año de carrera cuando conoció a Juan Manuel Viale y aquel invento suyo llamado Química Semántica.

KALOPSIA

Desencanto: decepción, desilusión. Palabra de grado medio de abstracción. Nivel de vibración 5.

Kevin McMillard conoció a Eulalia Ríos en un concierto que Mars Volta dio en el Palau Olímpic de Badalona allá por el junio del 2008. A ella no le gustaba el rock progresivo, de hecho lo odiaba. Odiaba esas canciones que no se terminaban nunca y que, cuando parecía que llegaban a un estribillo, en lugar de una frase pegadiza lo que sonaba era un montón de ruiditos que, de un modo extraño e hipnótico, empezaban a encajar unos con otros hasta convertirse en una melodía que no era necesariamente agradable a sus oídos. Estaba allí porque su amiga Esther Provencio era fanática de aquel grupo y no quería ir sola. Esther, le parecía a Eulalia, tenía un gusto deliberadamente raro y alternativo. Eulalia se decía que aquella música estaba lejos de ser convencional, que desde luego no era para todos los públicos, y no quiso sumar dos más dos y pensar que estaba viendo un concierto para más de diez mil personas. Todas y cada una de ellas brincaban y se daban codazos al ritmo que marcaba aquella banda infernal, y Eulalia sentía como si estuviera flotando en medio del fuerte oleaje oceánico en un día de tempestad. Por eso salió de la pista del Olímpic diciéndole a Esther que tenía que ir al lavabo y fumar un cigarro, que no se moviera de allí, que volvía en un ratito.

A Kevin McMillard aquel grupo le parecía un cañón, una pasada, los putos nuevos Led Zeppelin. Los había estado

acompañando por su gira europea a cargo de un puestecito de *merchandising* de la banda que colocaba siempre cerca de alguna entrada o de algún paso transitado. Convertir su afición en una empresa había sido un error, de eso se empezó a dar cuenta dos países atrás: apenas disfrutaba del directo porque estaba más pendiente de las ventas y de que nadie robara, rompiera, se meara o vomitara en su estante, con lo que iba siguiendo a la banda por el mundo pero sólo los estaba escuchando de lejos, con un sonido más o menos amortiguado por la estructura del lugar del concierto. Le fastidiaba que, como toda experiencia que se repite hasta la náusea, la música en directo hubiera pasado de fascinarle a provocarle el más horrible de los tedios.

Eulalia Ríos estaba liándose un cigarro junto a la puerta de un lavabo de señoras que había tras la primera gradería del Palau Olímpic, a unos veinte metros del puesto de Kevin McMillard. Como no tenía mechero, se acercó hasta él y le pidió fuego, pero Kevin no la entendió, así que ella se lo dijo con el gesto de encenderse el pitillo que tenía en la boca. Él rebuscó entre sus bolsillos hasta encontrar su Clipper y se lo dio.

—¿Te gusta esta música? —le preguntó ella.

—*What?*

—Mars Volta. *Do you like it?*

—*Of course! I think it's awesome, don't you?*

Eulalia negó con la cabeza mientras se encendía su cigarro. Le tendió la mano, a modo de saludo.

—Eulalia.

Kevin le estrechó la mano.

—*I'm Kevin. Nice to meet you!*

Casi una hora después, Eulalia encontró a Esther. Estaba corriendo por los pasillos del estadio, histérica. Cuando se encontró con su amiga, la abrazó y le dijo:

—¿Dónde te habías metido?

—Me he agobiado un poco. He salido a fumar. He conocido a un chico. Me ha dado su número.

—Anda, ¿quién?

—Uno que tenía un puesto de camisetas. Ha recogido antes de que acabe el concierto para que la gente al salir no le fastidie el material.

—¿Era guapo?

—Sí.

—¿Le vas a llamar?

—Se va en cuatro días, no tiene sentido que le llame.

—¿Y por qué tienes su teléfono?

—Ha querido dármelo, no sé.

—Llámale. Llámale mañana.

—No. No sé.

Eulalia llamó a Kevin al día siguiente y fueron a tomar un café a un bar en el que sonaba radiofórmula.

Tres días después, Kevin llamó a Eulalia porque quería hablar con ella en persona. Ella pensaba que él querría despedirse. Quizás le regalaría una camiseta en recuerdo de aquella conversación en el Olímpic y el café del día siguiente. Una hora después se encontraron en la puerta del Zurich, en Plaza Catalunya. Él le dijo que el avión que tenía que coger con toda seguridad ya estaba sobrevolando Francia. Ella le abrazó y se besaron, y aquello fue estúpidamente hollywoodiense.

Después de varios meses amándose de un modo desesperado, donde el cuerpo del otro era un imán para el propio, una fuente inagotable de felicidad, Kevin le propuso a Eulalia un negocio. Había visto un local en la calle Torrent de l' Olla, por el barrio de Gracia, que le parecía perfecto para montar un bar de esos que, según él (quizás erróneamente), no abundaban en la ciudad: con una música, una carta de cervezas y un ambiente radicalmente alternativo. Él tenía algunos ahorros, y su intención era hacer un

all in en ese negocio, pero con eso no era suficiente. Eulalia no tenía un puto duro porque su trabajo como teleoperadora sólo le daba para vivir al día, pero sus padres le habían estado reservando una herencia en forma de un producto financiero que consistía en unas participaciones de la entidad bancaria convertibles en acciones, un concepto abstracto que se traducía en una cantidad de dinero que era menos de lo que ella esperaba, y que decidió sacar antes de tiempo para ayudar a hacer realidad el proyecto de su amado Kevin. Claro que se lo pensó dos veces, pero no tres. Hasta aquel momento todo había sido una especie de ensueño, una oportunidad para ser feliz de esas que la vida, a veces, te pone delante, como en las películas románticas y facilonas que a ella le gustaban sin pudor alguno.

A finales del año 2009, poco más de un año después de aquel concierto de Mars Volta en el que se conocieron, se abrió al público el bar de Eulalia Ríos y Kevin McMillard. Las paredes del local eran de adobe y en ellas había unos relieves de símbolos de inspiración precolombina cuando no colgaban pósters de grupos musicales alternativos, películas de culto, iconos de la contracultura o cualquier otra imagen que a Eulalia hasta hacía bien poco le era totalmente desconocida y de la que había pasado a hacer bandera. El techo estaba pintado de negro y aparecía completamente desnudo: todos los conductos que por él pasaban estaban al descubierto. Las luces eran focos de color amarillento, casi blanco. La barra era de piedra y sobre ella había dos tiradores de cerveza con forma de brazos sosteniendo una jarra. Las mesas eran, seguramente, el punto en el que menos se calentaron la cabeza: simples mesas de madera aglomerada, de chapa color caoba de no muy buena calidad, cuyo diseño de inspiración medieval no tapaba su mediocre realidad. Al fondo del local, sobre la puerta que daba a los servicios, había un gran televisor de plasma en el que sólo se podían ver los conciertos de la

colección de DVDs de Kevin o, en su defecto, algún programa seleccionado del canal VH1. En el servicio de hombres había cuatro urinarios de pared, cada uno de ellos imitaba a uno de los miembros de Kiss, de manera que parecía que te estabas meando en sus bocas. En el de mujeres había dos reservados con entradas que imitaban las puertas de metal de cualquier habitación del pánico típicas de algunos *thrillers* americano. La taza de ambos váteres era una tapa de alcantarilla y, cuando la abrías, te encontrabas la figura de un reptil subiendo por las paredes del interior. La cola del reptil se perdía por el conducto, dentro del agua. Se podía reconocer fácilmente a una clienta que fuera por primera vez al bar de Kevin y Eulalia: solía salir del lavabo dando gritos. El momento en el que uno o la otra explicaban que se trataba de una figura de atrezo se había convertido casi en una tradición. Aún así, a muchas clientas les costaba concentrarse en sus quehaceres con la amenazante figura del reptil bajo sus nalgas, lo que hacía que en el lavabo de señoras hubiera cola a menudo.

A la inauguración del bar acudieron todos los amigos de Eulalia y algunos conocidos, casi amigos, que Kevin había hecho durante su ya no tan breve estancia en la ciudad. Esther Provencio fue con su hermano Daniel y un amigo suyo, Valentín Merchán y la novia de este, María Castro. Esther Provencio no dejó de insistir en el dato de que Eulalia y Kevin se habían conocido gracias a ella, y hablaba todo el rato de lo mucho que molaban Mars Volta, y de que los tiradores con las formas de brazo eran una genialidad, y que el local era súper auténtico, y en general se puso muy pesada porque había barra libre, lo cual hizo que dijera también un par de comentarios fuera de lugar sobre la tiranía de María Castro sobre Valentín Merchán tal y como se lo había explicado su hermano Daniel, excompañero de piso de Valentín y uno de sus mejores amigos. Ese ataque gratuito repleto de

afirmaciones demasiado certeras molestó a María Castro, quien más tarde, ya en la intimidad de su piso, apabulló a Valentín Merchán a base de reproches e insultos sin tener en cuenta que su novio había permanecido ajeno a lo que había dicho Esther sobre ellos en el bar, ya que él se había pasado todo el rato bebiendo cerveza de trigo acodado en la barra mientras miraba un concierto de Screaming Trees que, con muy buen gusto, había puesto Kevin para tan señalado día.

Hubo un momento en que Eulalia se acercó a Valentín y le ofreció rellenarle el vaso, lo cual el otro aceptó:

—Gracias —dijo Valentín Merchán.

—A ti por venir, ¿te gusta el bar? —respondió Eulalia .

—Sí, mucho. Si no fuera porque estoy viviendo tan lejos de aquí, te aseguro que vendría a menudo.

—Es una pena que ya no estés por el barrio. ¿Cuánto tiempo hace que vives fuera de Barcelona?

—Unos meses. Ahora el Turco vive con Daniel, no me echarán de menos. —Valentín señaló a Daniel Provencio, que estaba hablando entre risotadas con Kevin McMillard y alguna gente que no conocía .

—Esther me dijo que pasa mucho tiempo con vosotros.

—Sí. Es un buen amigo. —Valentín no apartó la mirada de Daniel.

—¿Por qué no ha venido El Turco? Esperaba verle.

—Está trabajando, quizás se pase luego. Yo también quiero verle.

—¿Sigue tocando en el metro?

—Ahí sigue, sí. Dice que ha compuesto una canción sobre Fontana, tengo ganas de escucharla.

—¿Le echas de menos?

—... Sí —dijo Valentín, tras pensarlo unos instantes.

—Ya...

—Me encanta esta cerveza, y el rollo que le habéis dado al sitio.

—Sí, ¿verdad? Kevin tenía muchas ideas para el local.

—Le habéis puesto un nombre muy chulo.

—Kalopsia. Es un nombre fantástico —sonrió ella.

—¿Qué significa?

—Kevin me explicó que es una palabra de argot, muy coloquial, que significa que, según quien lo mira, algo es más hermoso de lo que es en realidad.

—Kevin sabe muchas cosas —apuntó Valentín en una sonrisa desdibujada.

—Igual se lo inventó —sonrió ella—. Pero me gusta el concepto.

A sus espaldas, Esther y Daniel Provencio hablaban en un tono de voz demasiado alto sobre alguna estupidez con un colega de ambos. Junto a la puerta de los servicios, María Castro miraba su teléfono móvil por mirar algo, verdaderamente asqueada de estar allí. Valentín Merchán la observó un instante y se volvió hacia Eulalia.

—¿Tú no te pones una cerveza? Quiero brindar contigo.

—Claro.

Eulalia se llenó una jarra con cerveza de trigo y brindaron.

—Por el Kalopsia —dijo él.

—Por el Kalopsia —dijo ella.

—Y por todo lo que parece más hermoso de lo que es —dijo él.

Y ella se rió.

VALENTÍN

Víbora: culebra venenosa de casi medio metro de largo y 3 cm de grueso, provista de dos dientes huecos en la mandíbula superior por donde vierte, cuando muerde, su veneno. Persona con malas intenciones. Palabra dislocada con 2 campos de interpretación posible. Nivel de vibración 3.

1

A mis casi treinta años por mis manos habían pasado todo tipo de texturas, pero no me había olvidado del tacto de la víbora. La primera vez que toqué una tenía trece años y estaba en el Zoo, en una excursión del colegio. El responsable de la sala de reptiles cogió una larga víbora de color rojizo y le dijo a nuestro profesor, que recuerdo que era el profesor Ginés (un hombre pequeño y rechoncho que escupía al hablar, motivo por el cual le llamábamos El Escopeta) que le habían extraído el veneno al bicho y que no suponía ningún peligro. El Escopeta accedió a que algunos niños tocaran la víbora, y yo fui uno de esos privilegiados sencillamente porque estaba cerca de la conversación. El tacto de aquella piel, que yo definiría entre metálico y viscoso, repulsivo y excitante a la vez, no lo he vuelto a sentir en ninguna otra superficie.

A mis casi treinta años no llevaba la cuenta de las mujeres a las que había besado, que eran unas cuantas menos que las que me habían besado a mí, pero tenía la capacidad de evocar todos y

cada uno de los coños que había visto por primera vez. Tampoco eran tantos, no era un ejercicio imposible. A mis casi treinta años había bebido más litros de cerveza de los que podría imaginar, y me había tropezado aproximadamente unas ciento veinticinco veces, aunque era sólo un cálculo aproximado y creo que estoy tirando por lo alto, por aquello de haber tenido una infancia llena de rasguños en las rodillas. Cuando cumplí dieciocho años mis padres sufragaron mis estudios y mi estancia en Barcelona durante un año. Ese fue el tiempo que me dieron para encontrar algún trabajo con el que sobrevivir mientras me sacaba esa carrera sin futuro que había elegido estudiar. En Badajoz no había nada en absoluto que hacer, y elegí Barcelona antes que Madrid porque Barcelona tenía playa y, sobre todo, porque se parecía más a la idea que yo tenía de lo que debía ser una ciudad mediterránea. Estaba cansado de vivir en el interior y de no ver nunca dónde se terminaba la tierra. Pasé de curro eventual a curro eventual hasta que terminé esa dichosa carrera sin futuro y me establecí, más mal que bien, como profesor de español para extranjeros. A mis casi treinta años me había ocupado básicamente de cumplir con el expediente. Había intentado aprender a tocar el piano, pero no había tenido paciencia; había escrito algunos cuentos, pero nunca había conseguido nutrir lo suficiente ninguna idea hasta convertirla en novela. A mis casi treinta años ya llegaba tarde a más cosas de las que quisiera admitir, había perdido tanto pelo que todo el mundo pensaba que era calvo, había vomitado más veces de las que me hubiera gustado y me había reído hasta dolerme la cara un buen puñado de veces, casi siempre solo, y por esa sencilla razón no podía decir que mi vida no mereciera la pena.

A mis casi treinta años no había escuchado ni una sola vez a mi padres decirse que se querían, aunque nunca se me había pasado por la cabeza dudar de aquel amor. Yo había dicho “te quiero”

muchas veces, y me lo habían dicho otras tantas, y todas las veces me lo creí, menos una.

2

—Te quiero.

—Y una mierda que te comas.

Me había trasladado al piso de María casi un año atrás. Aquel inmueble estaba en el centro de un pequeño pueblo de interior ubicado en la zona 2, a una media hora larga en tren hasta la estación de Sants, lo cual hubiera sido perfecto si yo no hubiera sentido la fisonomía cuadrículada de Barcelona como un traje hecho a mi medida. Pero qué más daba, quería a esa chica e irse con ella, en su momento (llevábamos más de un año saliendo juntos), me pareció lógico, algo que debía hacer tarde o temprano.

El piso tenía un salón amplio, tres habitaciones, una cocina de obra nueva y un lavabo pequeño que ella pensaba que algún día habría que reformar. En una de las habitaciones yo había puesto mi objeto máspreciado: mi ordenador de mesa. Aquel trasto me había hecho más compañía que nada ni nadie en toda mi vida. A aquel trasto le había explicado cosas que jamás le había dicho a nadie. Aquel trasto había visto cosas de mí que sólo había visto María, y ni eso. Aquel trasto era yo, pero organizado en archivos y subcarpetas. Aquella habitación tenía un armario en el que María guardaba la ropa que no era de temporada y una cajonera en la que había una caja en la que yo guardaba algunos cómics viejos, aparatos electrónicos estropeados a los que tenía cariño, como un *discman* plateado o algunos discos que nunca ponía; y un cuaderno lleno de apuntes para historias que sabía que algún día iba a empezar y nunca iba a acabar. En otra habitación estaba la

cama de matrimonio en la que cada noche hacíamos el amor, a veces más por deporte que por ganas, porque un día sin sexo para ambos era malinterpretado como una crisis que hablaba de más cosas que de las ganas. Ella quería sentirse deseada y yo también, y follarse solucionaba nuestras dudas con nosotros mismos y con el otro. En la otra habitación, que María repetía incesantemente que sería para la pequeña Mar cuando la pequeña Mar llegara al mundo (porque más tarde que pronto se iba a quedar embarazada y estaba convencida de que sería de una niña y de que sería monísima y de que sacaría muy buenas notas, y bromeaba conmigo sobre lo guapa que aquella niña sería cuando llegara a la adolescencia y lo mal que me lo haría pasar, ya que yo iba a ser un padre abnegado y sufridor, y yo respondía que más pelo ya no podía perder, así que de perdidos al río, y los dos nos echábamos a reír y todo parecía perfecto, pero eran sólo palabras), había algunos trastos inútiles y mi vieja cama de soltero que había sido testigo de tantos momentos felices desde que me instalé en Barcelona y que, por alguna razón, jamás regalé o tiré, y que se convirtió en la cama de las visitas. En ella Daniel Provencio y El Turco dormían la mona en las contadas ocasiones en que salían de Barcelona para hacerme una visita y ponernos hasta arriba de porros y cerveza, exactamente igual que cuando vivíamos juntos. De manera que aquella habitación, con aquella cama, representaba la juventud a la que yo seguía aferrado y los proyectos de madurez que no estaba cumpliendo María. Porque, aunque ambos teníamos la misma edad, yo seguía diciendo que tenía veintitantos, y ella decía que tenía treinta. Y eso no eran sólo palabras, eran muchas cosas más.

En el salón había una televisión gigante que había comprado el padre de María, y un sofá de la hostia que había comprado el padre de María, y una mesa de cristal súper bonita que había comprado María con el dinero de su padre, y un espejo enorme

que había comprado la madre de María, y sobre el marco de aquel enorme espejo había una fila de muñequitos del Kinder Sorpresa que había comprado yo. Había aceptado una vida fuera de la ciudad, lejos de mis amigos, lo más parecido que allí tenía a una familia, a cambio de escribir con María los siguientes capítulos de *su* vida. Ella quería que yo vendiera mi cama de soltero y le cambiara el armario de la ropa de fuera de temporada porque, decía, se nos había quedado pequeño. Pero antes de que todo eso ocurriera, antes de que pusieran aquel televisor gigante, y aquel sofá increíble, y aquella mesa ideal, cuando el piso estaba vacío y María acababa de instalarse en él, dispuesta a vivir allí el resto su vida adulta, y empezaba a quedar conmigo, que por aquel entonces aún vivía en Gracia con Provencio y con El Turco, María me dijo, por primera vez en su vida, que me quería.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Ella lo dijo pronto. Demasiado pronto para ser verdad. No llevábamos más que unas semanas viéndonos. Yo creo que el amor no sobreviene un día, de forma inesperada. No hay un contexto en el que uno se enamora, sino muchos contextos, muchos lugares en los que se construye esa frase: Te quiero. Te quiero por el primer día en que vi la cara tan divertida que pones cuando comes helado. Te quiero porque cuando fuimos a pasear por la playa aquella mañana de principios del verano me dijiste algo sobre la arena en los pies que me pareció ingenioso. Te quiero porque aquella noche, en mi piso compartido, me comiste la polla con una urgencia y un deseo que me hizo temblar durante casi una hora. Te quiero porque una tarde de diciembre en la que estábamos pelados de frío yendo a no sé dónde por la calle Pelayo me explicaste lo mucho que te había gustado el libro que te acababas de leer y me diste unos porqués que nunca habría imaginado. Te quiero porque un día bailamos en la plaza de la

Virreina, sin música, y sin importarnos que algún borracho sentado en las escaleras de la iglesia nos mirase, o alguien que cruzara por allí hiciera alguna broma a nuestra costa. Te quiero cada vez un poco más hasta llenarme de amor sin saber cuándo. Pero todos aquellos momentos aún no habían ocurrido, de manera que cuando me dijo que me quería yo no entendí por qué me quería, por mucho que le respondiera que yo también (¿qué iba a decir, a fin de cuentas?). Mi respuesta no se convirtió en verdad hasta que me colmé de amor en pequeñas gotas. Nunca me detuve a pensar en si aquel primer “te quiero” suyo había sido verdad o no hasta muchos meses después, cuando ella, en un momento muy diferente de nuestra relación, me dijo que me quería y yo no la creí.

Aquella vez estábamos en el sofá del salón. Ella llevaba unas semanas un poco rara, y esa noche había decidido que era el momento de hablar. María no me veía tan implicado en la relación como lo estaba ella. Arguyó que aún no me había desprendido de la cama de soltero, ni le había ofrecido comprarle un nuevo armario, y que debía entender que yo estaba viviendo allí, con esas comodidades como ese confortable sofá o ese televisor gigante gracias a ella. Le debía más compromiso, pero no le bastaban palabras, quería hechos. Yo le dije que no entendía qué estaba pasando, aunque aquella misma mañana había leído un correo electrónico un tanto subido de tono que María le había enviado a un tipo de su oficina. Fue mi ordenador de mesa lo que me mostró aquella terrible verdad. Ella había dejado su sesión abierta como tantas otras veces, pero aquella vez, movido por la curiosidad, receloso de su extraño comportamiento, indagué un poco y no tardé mucho en encontrar algo que me destruyera. Sí que hay un momento exacto en el que te rompen el corazón porque eso sí que ocurre de una vez. A mí se me rompió el corazón en aquella habitación en la

que estaba el armario de la ropa fuera de temporada. Horas después, ella me contó un montón de estupideces y me dijo que necesitaba un poco de tiempo, y me dijo que me quería. Y esa frase se convirtió en un gas venenoso que entró por mis oídos y me llenó de odio.

3

Cuando llegué a Barcelona, hacía más de diez años, encontré techo en un pequeño ático ubicado en la calle Badía, cerca de la parada de metro de Fontana, que tenía dos habitaciones simples, un salón-cocina, un lavabo austero y enano en el que uno debía maniobrar con su propio cuerpo para caber, y una terraza de puta madre con vistas a todo el barrio de Gracia. El piso era bastante barato ya que había un motivo clarísimo por el cual nadie quería vivir en él: olía a carne podrida. Aquel no era un problema para mí, ya que en Zahínos, el pequeño pueblo pacense en el que crecí, olía por lo general bastante peor. El único problema que había *a priori* era encontrar a alguien que, como yo, no tuviera remilgos en vivir con ese olor de misterioso origen o, en su defecto, que no tuviera pituitaria, ya que el piso, aunque era barato, era inaccesible para mi humilde economía sufragada por mis padres, a los cuales no les gustó ni un pelo que hubiera elegido Barcelona antes que Madrid como destino. Por suerte, al poco tiempo de instalarme conseguí enganchar a alguien a quien no le importó aquel olor: El Turco.

Mi convivencia con El Turco fue plácida durante años, e incluso conseguimos (sobre todo él) que algunas mujeres subieran a nuestras habitaciones y repitieran la experiencia pese al hedor que inundaba el piso. Ese fue el caso de María, a quien conocí una noche de fiesta que salimos por el Borne

acompañados de Esther, una compañera de trabajo del Turco en una centralita en la que curraba por aquel entonces (y que era obvio que estaba interesada en él, ya que no paraba de hacerle ojitos y de hablarle de esa manera risueña y coqueta en que a veces algunas mujeres hablan con El Turco), y Daniel Provencio, el hermano de Esther, quien desde un tiempo atrás había empezado a quedar con nosotros cada vez con más asiduidad y quien, sin ni yo ni El Turco saber muy bien cómo, se había adueñado de nuestro sofá cama y se había convertido en la tercera pata de nuestra mesa.

Cuando me fui a vivir con María (que fue mucho, mucho tiempo después de aquella maldita primera vez en que me dijo que me quería), Daniel Provencio se instaló en mi habitación sin ni siquiera darnos la opción de replantearnos el escenario. En realidad, aquel problema, de haberlo, le atañía al Turco, quien era poco o nada proclive a quejarse de nada y que era feliz cantando, fumando petas y ligando con mujeres que eran casi siempre muy hermosas, y casi siempre también muy asustadizas y reticentes a hacer el amor en un lugar que olía como nuestro piso.

Pienso en mi cama de soltero. Pienso en la primera vez que conseguí llevar a una mujer a mi cama de soltero y me preguntó: “Oye, ¿tú no hueles eso?” Si me dieran un euro por cada vez que me han hecho esa pregunta en esa cama no ganaría mucho porque tampoco han sido muchas las mujeres que usaron mi cama de soltero, pero al menos me daría para comprarme un libro en edición de bolsillo. Me compraría *Matadero 5*, de Kurt Vonnegut, por ejemplo. Sí.

María fue más ladina y no me lo preguntó a la primera, aunque pensó en ello, como me confesaría un tiempo después. No quería parecer remilgada o pija. Es curioso: antes de preguntarme por el pestazo que había en mi piso ya me había dicho que me quería. Sin duda, le encantaba decirlo, lo decía mucho. Lo decía todo el

puto rato, como aquella noche de diciembre en que lo dejamos. Aun en esas circunstancias insistió en decirlo.

Unos meses después, de nuevo instalado en el pequeño piso de Gracia, compartiendo el espacio con El Turco y Daniel Provencio (quien me había cedido de nuevo la habitación a cambio de que le diéramos el beneplácito de usar libremente el salón y la terraza, negociación que, de hecho, me pareció estúpida y acepté sin más), cumplí por fin treinta años. Fui el primero de los tres en llegar a aquella cifra. Hoy en día, esa era la edad que marcaba el límite, o al menos yo lo veía así. Me tocaba ser un Hombre Adulto. Cada día pensaba en María y la tenía presente en todas mis palabras, en todos los verbos que no conjugaba con ella, y en todos sus complementos circunstanciales. Mi voz estaba triste porque no le hablaba a ella. Desde luego, yo no era la mejor de las compañías. El Turco me regaló un sombrero como aquellos que él usaba para pasar por el metro cuando acababa de cantar. Era un sombrero *cavalry* de tela negra con una cinta marrón oscuro sobre el ala. Fue un mal regalo: jamás me lo iba a poner, porque me parecía ridículo, y encima hizo que me sintiese más calvo, pero se lo agradecí igualmente. Daniel Provencio iba justo de pelas, pero aun así me invitó a cenar en un buen sitio, y a las cervezas de trigo que me tomé luego en el Kalopsia, fueran las que fueran. Luego nos fuimos de copas por ahí y pagué yo, y pillamos una buena.

Era febrero, y todavía no estaba ni medio cerca de dejar de sentir aquella asquerosa sensación de ser una prenda fuera de temporada.